

## Dos ejemplos a seguir

### Solemnidad de San Pedro y San Pablo, Apóstoles

Celebramos hoy dentro del Tiempo Ordinario la solemnidad de san Pedro y san Pablo, apóstoles. La Iglesia quiere que rememoremos su recuerdo, que recordemos sus historias y que fundamentemos nuestra fe como ellos. Vamos a recordar lo que se nos dice hoy en el texto del Evangelio de san Mateo, capítulo 16, versículo 13-19:

**Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?”. Ellos contestaron: “Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas”. Él les preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”. Simón Pedro tomó la palabra y dijo: “Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo”.**

**Jesús le respondió: “¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos”.**

**Mt 16,13-19**

Transcripción de audio

Después de oír este texto y ver el papel de Pedro y de Pablo, entramos de lleno en el ambiente, en la situación en que se encontraba Jesús cuando nos habla de esta manera y se dirige a Pedro. Sabemos que Jesús había dejado Betsaida, había curado al ciego y se fue a la región de Cesarea, quería visitar esta comarca y se puso a orar solo, se separó de la multitud —que le seguiría continuamente en el camino—, iría acompañado de sus discípulos y se puso a orar.

Siguió de nuevo su ruta y en el camino Jesús les preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?”. Jesús ya lo sabía, sabía lo que pensaban las multitudes: unos se creían que era Juan Bautista, otros se creían que era el Mesías, otros se creían que era Elías o Jeremías, pero Jesús quiere despejar la mente de sus queridos discípulos y quiere saber lo que piensan, ayudarles. Y les pregunta: “Y vosotros ¿quién decís que soy Yo?”. Y aquí aparece

Pedro, el hombre fuerte, el hombre..., es un hombre que cae, que se levanta, que llora su pecado, pero que habla y le dice: "¡Tú eres el Cristo! ¡Tú eres el Hijo de Dios!". Realmente esta confesión de Pedro no salió de sí mismo y así se lo dijo Jesús: "Simón, no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre". Nos anuncia a través de su confesión, nos anuncia la gran filiación divina, la gran filiación de la santísima Trinidad. Y Jesús le dice: "Bienaventurado eres, Simón". Y aprovecha esta ocasión para confirmarle: "Yo te digo que eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia". Y aparece por primera vez la Iglesia, la Iglesia como fuente, como fuerza, como testigo de la fe.

¡Qué mensaje tan profundo, querido amigo! Vamos a pensar que tú y yo podemos ser Pedro y podemos ser Pablo. Pedro, este hombre fuerte, primario, que contesta, que se levanta, que llora su pecado, que le promete amarle hasta la muerte, que le confiesa como Hijo de Dios. Y Pablo, la historia de Pablo, que cambia su vida cuando Jesús aparece repentinamente en su camino y que ya no es él: "Vivo yo pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí".

¿Qué tenemos que aprender de estas dos grandes figuras de la Iglesia? ¿Qué tenemos que aprender? A ser Pedro y a ser Pablo. A ser Pedro, amando locamente a Jesús, siguiéndole aunque caigamos, aunque lloremos nuestro pecado, aunque nos tengamos que levantar veinte mil veces. Y a ser Pablo, para que nos dé esa fuerza grandísima, la fuerza del Evangelio, el arraigo, la energía... ¡Cómo convirtió este hombre todo su mal en bien, cómo se lanzó a extender el mensaje de Jesús! Y los dos, tanto Pedro como Pablo, murieron mártires, como Jesús, igual.

También tendremos que oír muchas veces: "Pedro, ¿me amas?... Pedro, ¿me amas?". Y tendremos que oír también decirle: "Apártate de mí, que soy un pobre pecador". Y oír a Jesús que nos dice: "No temas, desde ahora vas a ser pescador de hombres". Y oír también: "Pablo, ¿a quién buscas?, ¿a quién persigues?". Podemos decir y confesar nuestra fe [y], aunque nos cueste, nunca negar al Señor. Y ser esa energía fuerte para transmitirle, para decirle: "Señor, Tú sabes todo, Tú sabes que te quiero". Pedro murió en Roma con motivo del incendio de Nerón y Pablo murió también así.

Confesemos hoy nuestra fe, querido amigo, llenémonos de amor, de alegría, de fuerza y oigamos a Jesús que nos dice: "Y tú, ¿quién dices que soy Yo? Y tú, ¿quién piensas que soy Yo?". Y de nuestro corazón tiene que brotar el amor, frases de cariño, de alegría, de fuerza. Pidámosle a Pedro la fortaleza que él tenía y a Pablo el fuego del amor que tenía. Y, querido amigo, confesemos una vez más nuestra fidelidad, nuestra entrega y nuestra ilusión de transmitir con alegría y con fe el mensaje de Jesús.

Querido amigo, te invito a leer detenidamente este texto y a quedarnos con esa pregunta: "Y tú, ¿quién dices que soy Yo?". Tú eres el Cristo... Tú eres mi Vida... Tú eres Todo...

**¡Que así sea!**